

Las huellas de la historia

Lo que pasó durante los seis años (sin contar los anteriores) del holocausto y el impacto que tuvo en los testigos se vuelve una huella que se transmite de generación en generación. Todas las sensaciones o los sentimientos que la primera generación siente acerca de ese acontecimiento las heredan los que le prosiguen, influyendo en la construcción de la propia identidad de la persona. Por eso, decidí escribir tres cuentos que tratan sobre la tercera generación después del holocausto y de cómo influye la historia de sus antepasados en sus acciones y pensamientos.

Martín

Estaba en mi cama, esperando que mi madre venga a leerme el cuento que había elegido. Había tomado uno que era de mi padre. Mi abuelo se lo había regalado cuando él tenía siete años y cuando yo los cumplí mi padre me lo regaló a mí. El libro se llama *El hongo venenoso*.

Yo sabía leer pero con este necesitaba a mi madre o padre porque estaba en alemán. En realidad, el cuento se llamaba *Der Giftpilz* pero según mi madre *El hongo venenoso* era su traducción.

Mi madre entró a los gritos a mi habitación. Estaba discutiendo con mi padre, hace ya media hora. No sé muy bien sobre que, ya que lo estaban haciendo en alemán. Lo único que llegue a entender fue mi nombre y la palabra abuelo.

Cuando estábamos por la mitad del libro le pregunté sobre que estaban peleando pero su única respuesta fue me lo iban a contar mañana. Los dos juntos. Esa no era una buena señal. Era algo serio.

Madre me dio el beso de las buenas noches y me dijo:

-Soñá con los angelitos -creo que esa frase definitivamente provocó el sueño que tuve, que fue así:

Yo estaba en una oficina. Había dos hombres de espalda a mí. Estaban vestidos militarmente pero no de verde camuflado como muestran en las películas, sino que estaban de rojo y negro. Cuando se dieron la vuelta, reconocí a uno de los hombres. Era mi abuelo pero al aparecer él no me veía porque ni él ni el otro hombre se dieron cuenta que había un chico en su oficina. El otro hombre parecía muy serio, tenía un uniforme muy parecido al de mi abuelo y tenía un bigote que me dio mucha gracia porque parecía un cuadrado de pelos bajo su nariz. Esa fue la primera vez que soñé con esa situación aunque no tenía ni idea de donde la había sacado porque al hombre del bigote no lo había visto nunca.

A pesar de no haber conocido a mi abuelo en persona, porque unos hombres malos se lo llevaron para siempre, lo pude reconocer en mi sueño por todas las fotografías que hay en mi casa de él. Todas son blanco y negro y en todas se lo ve serio, hasta en las que esta con mi padre o mi tío, que eran muy chicos. Al parecer era muy distante con sus hijos.

2-

Al otro día, al despertarme, me quede pensando un rato en ese sueño, tratando de encontrarle algún significado. Sin muchos resultados, decidí que era mejor levantarme porque no quería que mi padre me castigue por holgazán. El solía ser muy estricto con muchas cosas pero yo lo quería igual.

Fui directo a la cocina, sin antes pasar al baño como hacía generalmente porque tenía mucha curiosidad acerca de cuál era la noticia que tenían que darme mis padres.

Los encontré a los dos tomando su café de todos los días. Mi desayuno ya estaba preparado. Ambos estaban muy serios. "Seguro paso algo grave con alguien cercano" pensé, pero no era eso.

-Creemos que ya eres lo bastante... -comenzó mi madre.

-Ella cree, yo lo pienso desde que naciste -mi padre la interrumpió.

-Bueno, pero yo quería esperar hasta que cumplieras doce años para que sepas que fue lo que en realidad le paso a tu abuelo, a tu tío y a tu abuela -replico mi madre.

-Pero eso ya lo sé. Al abuelo se lo llevaron unos hombres, el tío deshonró nuestra familia y la abuela murió por una enfermedad.

-Sí, bueno eso es lo que te hemos dicho de manera que la entiendas acorde a tu edad -dijo mi madre- pero es mucho más serio lo que pasó.

-Y ¿Por qué ahora y no en otro momento? -pregunté, con mucha curiosidad.

-Porque a los doce años, la edad que tenés ahora -dijo mi padre-, mi vida cambió para siempre. ¿Seguís teniendo el libro que te regale? ¿Te acordás de que se trata?

-Sí -respondí rápido, como si fuera una evaluación-, trata sobre un hongo que afecta a todo y todos lo que tiene cerca, por eso deciden eliminarlo.

-Bien -respondió mi padre, asintiendo con la cabeza lentamente-, bueno lo que hizo tu abuelo fue algo parecido. Hace muchos años empezaron a haber muchos problemas en Alemania. A esto, un señor muy astuto -saco una foto de su bolsillo y me la mostró. Era el señor de mi sueño, el del bigote gracioso y cuadrado-, dio una teoría de que todos esos problemas eran causados por la raza judía. Esta teoría estaba apoyada por muchas ideas que parecían razonables y, en mi opinión, lo siguen siendo. Entonces, una parte muy grande del pueblo alemán empezó a apoyar a este señor para que se hiciera cargo del problema, para que lo extirpara del país. En el año 1933, se convirtió en el jefe de gobierno de Alemania y dio inicio al proceso para poder proteger a los alemanes. Por este, tu abuelo se convirtió en un héroe. Él fue muy importante para este proceso. Eso nunca lo olvides. Entonces ¿Cómo pensás que se relacionan la historia de Alemania con el cuento?

-Que en el cuento había que deshacerse de lo que afectaba lo que estaba alrededor y en la historia de Alemania el abuelo ayudo a eliminar a los judíos, que traían problemas, para poder proteger a los alemanes -respondí.

-Muy bien, hijo. Tu abuelo se ocupaba de uno de los lugares donde estaban los judíos -dijo mi padre, resaltando la palabra judíos con desprecio-. Allá los tenían encerrados para que no traigan más problemas.

-Y ¿Qué tiene que ver la abuela y el tío Raynard?

-Ya vamos a llegar a eso, no seas impaciente -me respondió mi madre.

-En 1945, la Segunda Guerra Mundial terminó, con Alemania como su principal culpable del inicio de esta. Cuando los demás países como Gran Bretaña, Estados Unidos y Rusia se enteraron lo que les hacíamos a los hongos venenosos, se empezaron a buscar a las personas responsables de la exterminación de los judíos porque pensaron que estábamos haciendo algo contra la humanidad. Tu abuelo fue encontrado por el ejército rojo, los rusos, y se lo llevaron para que lo juzgaran y, como muchos de sus compañeros, fue encontrado culpable y lo mataron. Para evitar que lo agarraran a tu abuelo, tu abuela, mi madre, se interpuso entre el camino de los rusos y también la mataron.

-Entonces, los malos siempre fueron los rusos y los ingleses no los alemanes -dije yo, con lágrimas en los ojos. No quería ponerme a llorar, menos frente a mi padre, porque eso era de mujeres.

-Sí, hijo. Además, cuando mi hermano y yo nos enteramos de lo que hizo nuestro padre reaccionamos de formas muy distintas. Yo me sentí y me sigo sintiendo orgulloso porque mi padre solo intentaba cuidarnos de las razas inferiores. En cambio, Raynard me empezó a gritar cuando yo le dije eso. Me dijo que era una locura lo que padre había hecho. Ese día discutimos como por media hora y ahí decidimos que era mejor no hablarnos más, por nuestras ideas tan distintas.

-Por eso -comenzó mi madre-, tu padre terminó viviendo con tu tía abuela, Karin y tu tío Raynard con tu tío abuelo Garin.

-Entonces, si estas tan enojado con el tío Raynard ¿Por qué me dejas leer sus cartas? -pregunte, dirigiéndome a mi padre.

-Porque tu madre insistió mucho y sabía que aunque se lo prohibiera, te iba a dar las cartas igual. La mire a mi madre a los ojos y le dije gracias sin decirlo.

-Ah, bueno... ¿puedo retirarme?

-Primero termina tu desayuno -me dijo mi madre, acercando el plato con tostadas hacia mí.

Me quedé mirando un punto fijo en la cocina mientras comía las tostadas. Al mismo tiempo se me ocurrieron dos preguntas acerca del final de la historia que mi padre me había contado: ¿Cómo era posible que una familia se haya destruido de un día para otro? ¿Acaso un pensamiento diferente podía separar a dos hermanos para siempre?

3-

Una semana después del descubrimiento familiar, me encontraba caminando por tercera vez en dos días a la biblioteca.

Resulta que lo que mi padre me contó no era tan así.

Aprendí muchas palabras nuevas con todos los libros que leí pero holocausto era la que estaba presente en casi todas las páginas, en los títulos de los libros. Según el bibliotecario, Alberto, era una palabra muy nueva porque antes no había ninguna que representara el horror que había pasado. A lo que se refería con el horror era a la matanza de seis millones de judíos, sin contar a los no judíos como los gitanos, los homosexuales, los discapacitados, los comunistas, los intelectuales, los criminales.

Tuve la oportunidad de leer el diario de Ana Frank, una judía alemana que se mudó a Ámsterdam por miedo a los nazis. Tristemente, a ella, a su familia y a las otras cuatro personas que se escondían con ellos los agarraron los nazis y ninguno se pudo salvar de los campos de concentración, que eran los lugares donde se llevaban a los prisioneros, excepto por Otto Frank, el padre de Ana y Margot.

También pude hablar con un sobreviviente judío del holocausto. Me conto toda su historia. Fue terrible. Al parecer estaba festejando su bar mitzva a escondidas (una de las nuevas palabras que aprendí, me explicó que el bar mitzva es un ritual judío donde los chicos se convierten en hombres al leer el libro sagrado) cuando un grupo de militares nazis entraron y se llevaron a todos los presentes. Él estuvo en Auschwitz, uno de los campos de concentración donde se llevaban a los prisioneros y según leí en un libro, fue en el que más muertes se cometieron. El sobreviviente me dijo que fue el único que siguió vivo de su familia después del año 1945, que fue muy difícil seguir

con su vida cuando no quedaba ningún conocido vivo pero lo logró y formo una nueva familia. Le pregunte si conoció a mi abuelo en Auschwitz pero al parecer él no trabajaba en ese campo porque el sobreviviente no reconoció su nombre cuando se lo dije.

Al final de la charla le dije que lamentaba mucho que haya tenido que vivir eso, que me avergonzaba y que me sentía culpable que mi abuelo haya sido, en parte, responsable de esos horrores, a lo que él me respondió:

-Hijo, nadie es responsable de su origen y, aparte, vos no tendrías que sentirte culpable porque todavía no vivías. Vos no le diste la idea a tu abuelo de formar parte del partido nazi y estoy seguro de que vos no tener ni una pizca de maldad. Por eso, quiero que te hagas responsable de recordar. Recordá lo que sucedió con tu familia, lo que hizo tu abuelo y recordá mi historia porque en unos años los sobrevivientes del holocausto, la primera generación de este horror, ya no estarán para contar su historia. Por eso, vos, de la tercera generación de lo sucedido en la Shoa, tenés que seguir contándola para no olvidar.

Después de que me dijo esto, le prometí que seguiría recordando y contando todo lo que sabía acerca del holocausto.

En el recorrido de la biblioteca a mi casa me quedé pensando en lo que me había dicho el sobreviviente sobre la maldad. Tal vez mi abuelo no era malvado. Tal vez él pensaba que estaba haciendo lo correcto para un futuro mejor. Por esto, empecé a buscar más información sobre mi abuelo, a buscar algo positivo que tal vez hizo durante sus días de trabajo en los campos de concentración. Tal vez había tenido piedad con algún prisionero y, en vez de matarlo, lo dejó vivir pero perdí las esperanzas al enterarme de muchas cosas aterradoras sobre lo que hacía en su "trabajo".

Con todas las historias que leí sobre mi abuelo y sobre otros generales nazis, una pregunta me invadió: ¿existía alguna forma de justificar eso? ¿Incluso de referirse a estas personas como héroes? Quizás, sólo quizás, se los podía considerar personas que habían sido confundidas con las ideas que proponía Hitler, culpando a las minorías por problemas que provenían de otras causas. En ese sentido, quizás eran víctimas de sus propios líderes que los llevaron por ese camino. Pero si lo eran, ¿eso podía ser la única explicación de sus actos? ¿Puede uno ser víctima y cometer actos de violencia y asesinatos? Después de un rato de pensarlo, saqué la conclusión de que hay millones de respuestas a esa pregunta pero la que me pareció más apropiada fue: ¿cómo puede existir justificación alguna para la violencia?

4- Siete años después

Estábamos comiendo los tres juntos en la mesa del comedor. Mi padre, mi madre y yo. No recuerdo de que estábamos hablando porque solo tenía un pensamiento en la cabeza: holocausto. Mi madre estaba preguntando si alguien quería ensalada cuando le dije a mi padre, mirándolo a los ojos.

-¿Cómo podes creer que tu padre fue un héroe?

-¿Qué pregunta tonta es esa? -respondió él.

-No es ninguna pregunta tonta, es en serio ¿Cómo podes creer que mi abuelo, tu padre, fue un héroe?

-Porque quiso hacer algo por el bien de la humanidad -respondió el, con un tono de voz subido.

-¿El bien humano decís? Ayudo a matar a nueve millones de personas inocentes, más bien hizo algo inhumano.

-Eran razas inferiores. No tenían respeto ni amor por su patria, algunos ni siquiera tenían una ¿Cómo se les puede llamar humanos a animales como ellos?

-¿Quiénes fueron los verdaderos animales? ¿Los que asesinaron a personas por un ideal o los que fueron asesinados? -repliqué yo

-¿Me estás diciendo que no harías lo que sea por tu patria?

-¿Qué patria? ¿Alemania? Ese país que dejamos para no pasar vergüenza por el pasado de nuestra familia ¿o en el que vivimos actualmente? En donde nos tenemos que esconder y vivir con un apellido que no es nuestro para que no nos traten diferente. ¿A eso le llamas patria, padre?

-Vos sabes bien que no podríamos vivir bien con el apellido de tu abuelo. Nos harían muchas preguntas...

-Sí, porque fue un criminal -le interrumpí yo-. Porque sabes que lo que hizo estuvo mal.

-No... -bajo la mirada hacia al suelo y suspiró como si estuviera reflexionando- ¿Por qué tenías que ser igual que tu tío? -se levantó y se fue.

-¿Por qué dijiste todo eso? -me pregunto mi madre- Es un tema duro para tu padre. Le dolió mucho cuando perdió a su hermano.

-¿Perderlo? El tío Raynard todavía no murió. Si tanto le dolió ¿porque no trató de arreglarse con él? -le respondí con enojo- Busqué en donde pude algo positivo que podría haber hecho el abuelo pero no hubo nada. Mató a muchas personas. ¿Cómo querés que me lleve bien con un hombre que apoya todos esos actos inhumanos? Entiendo porque el tío Raynard se separó de él.

-Bueno, pero era tu abuelo, su padre -me respondió mi madre-. Es difícil aceptar eso cuando viene de tu propio padre.

-¿Y cómo el tío lo aceptó?

-Porque él no era tan apegado a su padre, en cambio tu padre si lo era.

-Pero ya pasaron bastantes años como para reflexionar sobre el tema y tratar de aceptarlo.

-Hijo, hay cosas que uno, tal vez, no quiere aceptar porque piensa que va a pasar algo malo. Tu padre seguramente piensa que si acepta que tu abuelo hizo lo que hizo, en ese mismo momento lo estaría traicionando y decepcionando.

Me levanté, le dije buenas noches a mi madre y me fui a mi habitación.

Recordé lo que me dijo aquel sobreviviente hace un par de años sobre no olvidar el pasado. Me dije a mi mismo que iba a contar mi historia, la historia de mi familia, la historia del sobreviviente y desde luego, la discusión con mi padre esa noche. No podía perdonarle las cosas que dijo sobre mi abuelo. Si él no cambia su forma de ver el pasado, yo tampoco lo iba a hacer. Si él decidía contarlo como a él mejor le parecía, yo lo iba a contar de la manera mas verdadera que se podía.

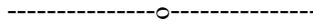
Por eso, desde esa discusión, el diálogo que mantuve con mi padre fue casi nulo. Mi madre trató de reconciliarnos muchas veces. Yo podía ver cuánto le dolía vernos así pero no iba a cambiar mis pensamientos y estoy seguro de que mi padre no cambió ni ese día ni el día de su muerte.

Al parecer un pensamiento diferente si podía separar a dos personas.

Ariel

Mi abuelo Elías fue un sobreviviente, un luchador, un valiente, soportó un montón de cosas. O por lo menos eso es lo que me decía mi padre todo el tiempo. No sabía que pensar. Para mí, mi abuelo solo era un viejito que nos contaba muchos cuentos, a mis hermanos y a mí. Su historia preferida era una en la que él le ayudaba a un hombre a hacer su trabajo porque el hombre se había caído y si algún nazi lo veía, le iba a hacer algo malo. Los nazis siempre eran los malos en sus historias, los que controlaban el lugar, los que mantenían la cuenta de toda la comida, de las prendas de ropa. Si ellos encontraban algo fuera de lugar castigaban al responsable y al no responsable. Así funcionaba su lógica, según mi abuelo.

De chico siempre me preguntaba cómo se le ocurrían todas esas historias y porque él siempre era el protagonista de ellas. Él no podía haber vivido todo eso, solo era un simple vendedor de ropa.



Ya era momento de mi bar mitzva. Uno de los momentos más importantes en la vida de un joven judío, en especial para mí porque mi abuelo no pudo terminar el suyo por culpa de los nazis. Ellos entraron en la mitad de la ceremonia y se llevaron a todos los que estaban presentes en ese momento, incluyendo a mi abuelo, obviamente. Por eso, en mi familia, el bar mitzva era un acontecimiento que no se podía pasar por alto. Yo tenía la obligación de aprovechar mi oportunidad.

A los trece años ya estaba enterado de lo que fue la Shoá. Sabía que todos los cuentos que me contaba mi abuelo no eran solo cuentos sino que eran experiencias de vida. Es más, para nuestra clase de Talmud Torá, el vino a hablarnos sobre su vivencia como judío sobreviviente del Holocausto. Nos contó que en 1939 se llevaron a todos los invitados que estaban presenciando su bar mitzva. Lo estaban haciendo en secreto porque si alguien se enteraba, iba a pasar lo que en

realidad sucedió. De ahí, se los llevaron a Auschwitz y en esos seis años de encierro esclavo, solo sobrevivió mi abuelo.

Al terminar de leer mis parashot, el rabino empezó a cantar en hebreo y todas las personas presentes, incluyéndome, lo seguimos en su cántico hasta que dio por concluida la ceremonia.

Mi familia y un grupo reducido conformado por nuestros amigos más cercanos nos dirigimos a mi casa para celebrar que ya me convertí en un adulto. Mi mamá, con ayuda de mi abuela, preparó un almuerzo genial. Había comida para todo un batallón. Antes de comenzar a comer, mi abuelo Elías se puso de pie y dijo con su copa en alto:

-Trataron de matarnos. Sobrevivimos. Ahora, comamos. -Era la frase que siempre decía antes de comer. Nunca podía faltar.

Entre comida y comida, aprovechaba a abrir los muchos regalos que me hicieron. Un montón de sobres con dinero, un collar con un Maguén David, ropa, un par de zapatillas, entre otras cosas. Todos esos obsequios venían con mensajes o cartas de felicitaciones que decidí leerlas cuando toda la gente se haya ido para poder apreciarlas y para investigar todos los regalos que me hicieron. Así que dejé todo como estaba en mi habitación y me fui a seguir festejando con mi familia y amigos.

2-

Ya se habían ido todos. Ya había ayudado a mi mamá a limpiar la casa y por limpiar me refiero a recolectar cosas y dejarlas en una esquina que rápidamente tomo forma de montaña de basura, vajilla sucia y otros. Yo pensaba que estaba haciendo un buen trabajo hasta que mi mamá me dijo:

-No hace falta que me ayudes acá. ¿Podes llamar a tu hermana? Le quiero decir algo.

-Bueno, ahora le digo -no le insistí mucho en quedarme a limpiar, no es que fuera la actividad más entretenida que hacer en ese momento.

Me dirigí a la pieza de mi hermana pequeña, Muriel, pero como no la encontré tuve un presentimiento de que iba a estar en mi habitación mirando discretamente las bolsas de regalos. Siguiendo mi hipótesis, abrí la puerta que llevaba a mi cuarto despacio para que no haga ruido y así poder atrapar a mi hermana y de paso, asustarla. Por suerte, ella estaba de espaldas a la puerta, por lo tanto no pudo ver mi salto sorpresa. Fue divertido los primeros tres segundos pero cuando se puso a llorar trate de calmarla lo más rápido posible para que no llamara a papá y me retaran. Cuando el llanto paró le pregunté:

-¿Qué andas haciendo por aquí, querida hermana? -le dije con un tono de adulto.

-Quería ver que te habían regalado, solo tenía curiosidad -me respondió, con su mirada clavada en suelo.

-¿Encontraste algo interesante? ¿Algo que te gustara? -le pregunté.

-¿No estás enojado conmigo? -preguntó, cambiando de tema.

-No. En algún momento tenías que enterarte de lo que hay en las bolsas de regalo ¿no? -le respondí con una sonrisa en mi cara aunque en realidad, sí estaba enojado pero admitirlo iba a significar otro momento de llanto y eso llevaría a que venga mi papá preocupado por su hijita. Por eso preferí no decírselo.

-Ah, bueno. ¿Puedo quedarme para abrirlos con vos?

-No, pero solo porque mamá me pidió que te venga a buscar porque te quería decir algo.

-Ya vengo -me dijo y se fue corriendo a la cocina, en donde se encontraba mi mamá.

Comencé a abrir los regalos con sus respectivas notas. Las que tenían un texto que decía algo más que "Felicitaciones!! Te queremos..." iban a parar a mi escritorio.

Después de diez minutos ya había abierto la gran parte de los obsequios, con la ayuda de mi hermana que se incorporó lo más rápido que pudo. Cuando le pregunte que le dijo mamá, ella me respondió que le dijo que su amiga, Sofía, la había llamado.

Nos habíamos separado las tareas, ella agarraba los regalos grandes y yo los sobres o cajitas chiquitas porque generalmente tenían cosas más valiosas como plata o collares. Muri había agarrado una mochila violeta oscuro. Cuando empezó a ver sus bolsillos internos encontró un sobre con una carta. Le pedí que leyera lo que decía el sobre y esto fue lo que me dijo:

-"Para mi nieto, Ariel. Abrí esta carta cuando hayas terminado de festejar. Te quiere tu abuelo, Elías". Qué raro que diga eso. ¿Puedo abrirla? -pregunto mi hermana, la curiosa.

-No, déjala en mi cama, después la leo.

Terminamos de abrir todos los regalos y en el momento que los estábamos empezando a ordenar mi mamá nos llamó a comer.

-Vamos -le dije a Muri -después yo término con todo esto.

3-

Ya estaba acostado en mi cama. Ya había terminado de acomodar toda mi habitación y en ese momento tenía la carta de mi abuelo en mis manos. Rompí la parte del costado del sobre. Comencé a leer la carta y mientras más leía, más impactado quedaba. No podía creer lo que estaba leyendo. No podía creer que lo había escrito mi abuelo, él mismo que me contaba esas historias tuyas de valentía, honor y supervivencia. Esto es lo que decía la carta:

Ariel:

Ya estás hecho todo un hombre. Por eso y como ya leíste la Torá, creo que mereces saber la verdadera historia de cómo fueron mi días en el campo de concentración. También porque creo que ya eres lo suficientemente grande como para tomar tus propias decisiones sobre qué pensar acerca de lo que te voy a contar, tal como se lo conté a tu hermano, Uriel y a tu padre, en sus respectivos bar mitzvot.

En el momento que los nazis me agarraron y me llevaron a Auschwitz, me tatuaron. Cómo pudiste ver, en mi brazo un número. Luego de hacerlo, el tatuador me dijo: "Ya no tenés nombre, de ahora en adelante este número es tu nombre". Esa frase no me la voy a olvidar nunca porque me ayudó a convertirme en un verdadero sobreviviente. Lo que me dijo ese hombre lo interpreté como que me estaba dando una nueva identidad. Borrar mi vida pasada y comenzar de nuevo. Eso fue lo que pensé en ese momento, lo cual lamento, porque me lo tomé muy en serio. Me llevó a cometer actos que no fueron mejores de lo que hacían los nazis en ese momento. Como los primeros meses estaba en buen estado físico decidí destacarme en el trabajo, sin quejas, tratar de resaltar frente a los militares nazis con tan solo un objetivo: escalar la pirámide de jerarquías. Me quería convertir en un Kapo así podía obtener beneficios. Y a lo que me refiero por beneficios no es a una cama cómoda sino a un trabajo un poco más ligero, a algún objeto que me permitía sobrevivir un día más como un abrigo o simplemente una ración más de pan.

Llegué a mi objetivo final. Me convertí en Kapo. Lastimé a muchas personas solo para obtener el beneficio a fin de día que tanto deseaba. Cuando nos liberaron del campo en 1945, no me atendieron como a los demás prisioneros sino que me llevaron preso por complicidad con los nazis. Me declararon culpable y me sentenciaron a dos años de cárcel. Sinceramente, eso es lo menos que me podía haber pasado. A lo largo de mi vida, me he enterado lo que les hicieron a otros Kapos cuando los encontraron en los campos. A algunos los mataban en el momento los liberadores, a otros los mismos prisioneros masacrados y cansados por el encierro los golpeaban hasta que no se pudieran mover.

Un día, ya llevaba un año en la cárcel, estaba hablando con mi compañero de celda. Le estaba diciendo cuan arrepentido estaba de haber tomado la decisión de haber sobrevivido siendo un Kapo, a lo que él me contestó: "el verdadero sobreviviente es el que logra adaptarse a la situación en la que está, no el que sobrevive por suerte". Te digo esto porque quiero que pienses si crees que me merezco ser llamado un sobreviviente de la Shoa. Tu opinión como mi nieto es muy importante para mí.

Te quiere, tu abuelo Elías.

P.D: sin importar lo que pienses acerca de lo que acabo de contarte, como siempre te digo a vos y a todos los que conozco, recordá, contá mi historia cuando yo no este para que este horror no vuelva a suceder.

¿Qué podía pensar acerca de esto? Ni siquiera pensaba que era real lo que estaba escrito en este papel que, al mirarlo bien, note que había palabras borroneadas. Al parecer eran lágrimas.

Leí la carta dos veces más y la aparté. Me quede en mi cama mirando el techo, tratando de poner mis pensamientos en orden. Es decir, es entendible que mi abuelo haya hecho eso por querer vivir. Me lo imagino estando en el campo de concentración preguntándose porque lo encerraron ahí, tratando de encontrar una respuesta más coherente que por ser como es. Seguramente él sabía lo que sucedía a su alrededor, que posiblemente nadie a quien conocía seguía vivo. Tal vez lo hizo porque sabía que ya a nadie le importaba lo que hacía o decía, ya nadie que le importara podía marcarle lo que estaba bien y lo que estaba mal.

Pero por otro lado, estaba entregándoles el poder que tenía sobre su cuerpo de manera voluntaria a los nazis, para que ellos le den órdenes a cambio de un miserable beneficio. Estaba dándole la espalda a todas sus creencias, sus principios, ya sean religiosos o no. Estaba eligiendo vivir como una persona que no era, una persona que maltrata a otra solo porque se lo pidieron.

Igual, tampoco quería ponerme a pensar mucho que estaba bien y que estaba mal porque no tenía muy bien definida el significado de la palabra Kapo. Es decir, tenía muchas definiciones para esa palabra pero no sabía cuál era la correcta. Así que apagué la luz y me fui a dormir.

4-

Me desperté, me dirigí a la cocina para preparar el desayuno y al entrar me encontré a Muri y a mi hermano mayor, Uriel, discutiendo por quien se comía el último paquete de galletitas. La pelea terminó cuando entro la ley a la cocina (mi mamá), tomo el paquete, lo dividió en tres y los obligó a sentarse sin quejarse. Mi padre estaba haciendo café y dos leches con chocolate, supongo que para mi hermana y para mí.

A pesar de todo el ruido, dije buenos días y todos me contestaron.

Nos sentamos en la mesa para desayunar todos juntos y mientras mi mamá le preguntaba a Uri sobre su amiga que se había ido a Israel, mi padre, que estaba al lado mío, me preguntó por lo bajo:

-¿Leíste la carta que te escribió tu abuelo?

Lo mire sorprendido porque no sabía que el abuelo le había contado sobre lo que me escribió, aunque tendría que haber sospechado que él estaba al tanto ya que el abuelo lo nombró en su carta.

Después de unos segundos de quedarme pensando, asentí.

-Supongo que también estuviste pensando acerca de lo que decía ¿no?

Asentí de nuevo.

-Bueno, entonces cuando terminemos de desayunar vamos a hablar.

No estaba seguro de que me iba a decir en la charla. Tal vez me quería convencer de que lo que hizo el abuelo estaba bien. O, tal vez solo me quería ayudar a ordenar mis pensamientos.

-----○-----

Estábamos en mi habitación mi padre, mi hermano y yo.

-¿Qué pensás acerca de lo que te escribió el abuelo? -me preguntó mi papá.

-Creo que lo que hizo no está bien pero tampoco está mal. Igual, no me acuerdo bien la definición de Kapo -respondí yo.

-Un Kapo era la persona que era un prisionero pero obtenía beneficios de parte de los nazis por ayudarlos en la vigilancia de los demás y repartir comida, ropa, entre otras cosas. Cada uno de ellos estaba al mando de un komando, o sea un grupo de trabajo -respondió mi hermano.

-Ah -dije y me quede pensando unos segundos antes de responder-. Para mí no estuvo mal lo que hizo porque quería sobrevivir después de todo. Pero al mismo tiempo estaba dejando sus creencias de lado, no estaba siendo el mismo. Igual, si es un sobreviviente, pasó seis años en un campo de concentración y siguió viviendo después de eso. Afrontó el estilo de vida que le impusieron en ese momento. Tal vez no fue de la manera que yo lo hubiese hecho en esa situación, pero bueno, lo hizo.

-Bueno, es más o menos a la conclusión que llegamos nosotros también -me dijo Uri.

-¿Cuándo llegó el abuelo a este país? -era una pregunta que surgió ni bien termine de leer la carta porque acá no hubo campos de concentración.

-Cuando termino sus días de preso, decidió mudarse de país para poder empezar una nueva vida -contesto mi papá-. Estaba muy agradecido con las personas que le dieron la sentencia en su juicio. A muchos Kapos se los sentenciaba a muerte, no a todos se los perdonaba y se los mandaba a la cárcel. Tu abuelo, como agradecimiento por dejarlo vivir, se prometió a si mismo que si llegaba a tener hijos y nietos, les iba a decir la verdad en el momento que él creía apropiado, para que las personas que lo juzgaron puedan ser recordadas y agradecidas y para que recordemos su verdadera historia en sus días en el campo de concentración, no solo nosotros sino las generaciones siguientes también.

-----○-----

Después de terminar la conversación, decidí escribir lo que le iba a decir a mi abuelo la próxima vez que lo vea:

Abuelo, si sos un sobreviviente. Hiciste lo que estaba a tus manos para poder seguir viviendo a pesar de las consecuencias que podían traer. Pienso que no fue la mejor elección que pudiste tomar pero por lo que escribiste en tu carta, estas apenado y avergonzado por tus acciones y con eso me basta.

Irguit

Todavía faltaban tres horas para que el avión aterrizara. Estaba muy emocionada y tenía las expectativas muy altas acerca del país que estaba a punto de conocer. Mi amigo Uriel, un chico judío con el que fui a la secundaria, me había dicho lo hermoso que era el país, los lugares que tenía que recorrer si alguna vez iba. Hasta me dio el número de teléfono de uno de sus parientes que vivían allá, en Israel, por si lo necesitaba.

-----o-----

Estaba releendo la lista de lugares que tenía que visitar (hecha por Uriel, obviamente): todo Jerusalén, el mar muerto, Masada, Eilat... Cuando por fin se escuchó una voz que decía que ya estábamos por aterrizar en el aeropuerto Ben Gurion, en Tel Aviv.

La desperté a Abigail, mi amiga que se sumó al viaje con la excusa de: "necesitas a alguien que te guie y ¿quién mejor que una israelí?". No me opuse porque total a ella le pagaban el pasaje sus abuelos que vivían allá. Hacían lo que sea con tal de verla.

Después de buscar nuestras valijas, fuimos a encontrarnos con sus abuelos. Ellos nos habían ofrecido de quedarnos en su casa y después de que Abi pasara una hora tratando de convencerme, accedí.

-¿Cómo estuvo el viaje, chicas? -nos preguntó Sara, su abuela.

-Bien, aburrido y largo, más porque alguien estuvo durmiendo todo el tiempo -dije, mirando a Abigail.

-Yo lo disfrute -respondió ella, con una sonrisa en la cara.

-Listo, ya puse el equipaje en el auto ¿vamos? -preguntó su abuelo, Abraham.

2-

Ya estábamos en la casa. Era agradable. Habían muchas fotos de todos sus nietos, desde que eran unos bebés hasta la actualidad. Llevamos las valijas a la habitación y bajamos a cenar.

-Contanos, Irguit ¿Por qué quisiste venir a Israel? -me preguntó Sara, mientras pasaba los platos con comida.

-Un amigo mío, Uri, me dijo que si quería viajar, tenía que venir acá por toda la historia que hay. Y también leí que acá estaba el museo más importante sobre el Holocausto.

-Ah, entonces estas interesada en la Shoa -dijo Abraham.

-Sí, abuelo, ya te conté que es lo empezamos a ver en la facultad. Bueno, no eso, sino la segunda guerra mundial pero muchas veces, en clase, nos desviamos de tema.

-Sí, querida, me acuerdo que me contaste pero no me dijiste que ella estaba interesada en ese tema.

-Sí, me interesa bastante -respondí yo- mi abuela lo vivió en la misma Polonia pero después de que todo termino se fue del país para poder estar con mi abuelo.

-Tu abuelo no habrá sido un nazi ¿no? -preguntó Sara, con un tono serio.

-No, ya me asegure de eso -le respondí.

-¿Ya le avisaste a tu familia que llegaste? -me preguntó Abigail, como tratando de cambiar de tema.

-Sí, ya le mandé un mensaje a mi mamá.

La cena continuó con una charla entretenida sobre la carrera de Historia hasta que Abi bostezo y su abuela nos mandó a dormir porque seguramente estábamos cansadas de tanto viaje.

3-

Me desperté y baje para tomar el desayuno.

Al entrar a la cocina me encontré a la abuela, Sara, tomando café y a Abigail comiendo cereales y marcando con lápiz un mapa.

-Buenos días, Irguit -me dijo Sara.

-Buenos días -respondí.

-Hoy tenemos mucho que recorrer -dijo Abi-. Que preferís ¿El Muro de los Lamentos o el museo?

-¿Qué museo? -replique yo.

-Solo elegí -me respondió ella, moviendo la mano como apurándome.

-El Muro.

-Bueno, entonces hoy vamos a Jerusalén. Primero vamos al Kotel, que es como se le dice en hebreo al Muro de los Lamentos, almorzamos y después vamos al museo de Yad Vashem.

-----○-----

Cuando ya estábamos saliendo del Kotel, Abi me preguntó:

-¿Dejaste un papelito? -lo dijo con un tono de voz emocionado, a pesar de que ella ya conocía todo esto.

Asentí y le dije:

-¿Vamos a almorzar? ¿A qué hora cierra el museo?

-Sí, y como hoy es jueves, el museo cierra a las 20:00.

Cuando terminamos de comer, nos fuimos al Yad Vashem. Yo en ese momento no sabía nada acerca de a qué museo me estaba llevando pero me sonaba conocido y lo peor de todo es que Abi no me quería decir nada sobre de que se trataba, a pesar de todas mis preguntas durante el viaje del Kotel al museo.

Cuando entramos al museo fue sorprendente. Todas esas imágenes sobre nuestras cabezas eran impresionantes. Con razón Abi estaba tan emocionada. Ella sabía cuánto me interesaba la historia del Holocausto.

Tomamos un mapa del museo y fuimos marcando las exhibiciones y salas más importantes. Todo era interesante por recorrer pero el museo era muy grande como para hacerlo todo en una tarde.

Salteamos la sala en la que había conversaciones con sobrevivientes. Cuando le pregunte a Abigail porque no quería ir me dijo: "¿para qué? Hay una sobreviviente en mi casa", lo cual me tomó por sorpresa porque no tenía idea de que su abuela había sobrevivido a ese genocidio. Me quedé callada y seguimos nuestro recorrido por la avenida de los justos entre las naciones del mundo.

Era un lugar lleno de árboles que tenían placas grabadas con nombres y países. Según el folleto, los nombres de las placas eran de las personas que, durante el holocausto, ayudaron a judíos a esconderse o a escaparse de los nazis y el país era en donde los ayudaron.

A medida que avanzamos por la avenida, íbamos leyendo los nombres de los justos gentiles y cuando estábamos por más de la mitad noté que Abigail estaba parada unos metros atrás mío, mirando fijamente una placa. Cuando me le acerque, me dijo:

-Esta tiene tu nombre.

Me empecé a reír porque era imposible que una placa tenga mi nombre ya que yo ni siquiera existía en la segunda guerra mundial.

Cuando me acerque lo suficiente como para poder leer la placa, note que no era broma lo que me decía mi amiga. La placa tenía mi nombre y el país Polonia. Eso significaba que la placa era para mi abuela, no para mí, lo cual era lógico ya que ella estuvo en Polonia durante la segunda guerra mundial y mis padres me pusieron Irguit como mi abuela.

-¿No sabias nada de esto? -me preguntó Abigail, anonadada.

-Ni siquiera sabía de este museo, ¿Cómo iba a saber que mi abuela fue nombrada justa entre las naciones del mundo?

-Bueno, entonces seguramente Ruth sabe algo.

-¿Crees que mi mamá me lo escondió por algo? Tal vez ella está igual que yo.

-Bueno, terminemos el recorrido y después llamémosla para ver si sabe algo -concluyo Abigail.

4-

Ni bien pisamos la casa de los abuelos de Abi, Sara ya nos estaba preguntando a gritos desde la cocina como nos había ido con nuestro primer día de recorrido.

Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y le contamos a Sara y Abraham sobre lo que hicimos y acerca de nuestro descubrimiento sobre mi abuela.

-Con enorme descubrimiento sobre tu familia ¿Qué haces hablando con nosotros? Ve a hablar con tu madre o tu abuela -me alentó Abraham.

Solo eso necesite para ir a buscar mi computadora y hablar con mi mamá. A los dos segundos que apreté el botón para hacerle una video llamada, me respondió.

-¡¡¡Hija!!!¿Cómo estás? ¿Dormiste bien? ¿Cómo llegaron? ¿Que visitaron hoy? ¿Qué hora es allá? deben ser como las diez ¿no? -después de responderle todo su cuestionario, le pregunté si sabía quiénes eran los justos gentiles a lo que me respondió que sí, entonces le pregunté:

-¿Vos sabias que la abuela es una de esas personas y que tiene una placa en la avenida de los justos entre las naciones en el museo de acá del holocausto?

-Sí, hija, lo sé.

-Entonces, ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por eso siempre que preguntaba porque me habían puesto el nombre de la abuela me respondían "porque ella fue una persona muy importante para la historia de algunos"? -le pregunté, alzando la voz un poco más fuerte de lo que quería.

-Irguit, por favor, calmate -respondió pacientemente mi mamá-. No te lo dijimos porque tu abuela no quería que te lo dijéramos nosotros, sino que quería decírtelo ella en persona pero estaba esperando el momento indicado para hacerlo. Además, no pensábamos que fuera tan importante

para vos pero ahora que lo veo, te tendríamos que haber dicho y dejar que vos lo califiques como quieras.

-Sí, eso es lo que debían haber hecho -le respondí- pero no lo hicieron. Ustedes saben cuánto me interesa el tema del holocausto e igual no me lo dijeron o incitaron a la abuela para que lo haga. Por eso, me lo vas a contar ahora ¿no?

-Si querés...- cuando vio mi cara al escuchar esas dos palabras prosiguió con lo que estaba diciendo- Vos sabes que tu abuela vivió en Polonia durante la segunda guerra mundial. Bueno, ella vivía en un barrio donde un tercio de la población eran judíos y ella tenía una muy buena relación con ellos. Cuando se dieron cuenta de las verdaderas intenciones de Hitler y su partido, muchos judíos del barrio pidieron ayuda a sus vecinos, a sus amigos. La gran mayoría cerraron las puertas en sus caras, no por fidelidad al partido nazi sino por el miedo de lo que podría pasar si los encontraban con judíos en la casa. Tu abuela fue una de las pocas excepciones en su barrio. Ella y dos vecinos más, Fremont y Adelmo, hicieron como una especie de sótano secreto en la casa de este último y, en total, hubo 87 judíos, por supuesto no todos al mismo tiempo, porque el lugar no era tan grande. Muchos conseguían, de alguna manera, un pasaporte o identificación falsa y podían irse sin mucho miedo de ser atrapados por los nazis.

-¿Por eso el tío se llama Adelmo? -la interrumpí.

-Sí, ya voy a llegar a porque tu abuela le puso ese nombre. A final de 1943, él amigo de tu abuela estaba dejándoles provisiones a los diez judíos que estaban en ese momento y justo tres oficiales nazis le pidieron revisar la casa. Encontraron el escondite y se llevaron a los judíos y a Adelmo. En 1945, cuando la segunda guerra termino y se liberaron los campos de concentración, tu abuela y Fremont, que habían seguido ayudando a los que podían a pesar de que ya los habían descubierto una vez, se enteraron que de las once personas que se llevaron en 1943, solo sobrevivieron dos de ellos, con los que se reunieron cuando finalmente los encontraron. Eran dos judíos, Ruth y José. Ellos le contaron a Fremont y a tu abuela lo sucedido esa noche. Cuando los nazis entraron al sótano, mataron inmediatamente a Adelmo e hicieron que los demás cargaran su cuerpo para después tirarlo a la mitad del viaje hacia el campo de concentración.

Al escuchar la historia sobre lo que le pasó mi abuela durante esos años me quede sin palabras, a lo que mi madre respondió:

-Yo también me quede sin palabras al escuchar esto. Tu abuela me puso Ruth porque la chica que había sobrevivido, se suicidó un año después de que la liberaran del campo. Cuando mi madre me dijo eso también dijo que no la culpaba ya que además de haber estado en un campo de concentración por dos años y quedarse sin familia, tuvo que ver con sus propios ojos el asesinato de su novio y, además, cargar con su cuerpo durante cinco horas que según ella le dijo, se pasaron como años.

-Espera, entonces el José de la historia que me estas contando ¿es el abuelo José? -pregunté, impactada.

-Sí, el odia hablar de este tema, por eso nunca te enteraste antes sobre esto, por lo menos no de parte de él. Es más, él es la razón por la cual tu abuela no te lo dijo todavía. Cuando él y tu abuela se reencontraron, trataron de armar una familia en Polonia pero al ver que el antisemitismo seguía en pie, a pesar de que el Holocausto había terminado, tuvieron que irse.

-Seguramente fue difícil para ellos dejar su país...

-Lo fue -siguió la frase mi mamá-, más para tu abuela ya que tu abuelo perdió a todos sus familiares, su casa, sus amigos. No tenía mucho que dejar atrás.

-Todo esto te lo conto la abuela ¿no? -pregunté.

-Sí, pero no lo hizo ella sola, papá estaba presente y, aunque no le guste hablar del tema, contaba partes de la historia.

Me quedé ensimismada pensando todo lo que mis abuelos habían vivido, lo que me llevó a preguntarle a mi mamá:

-¿Nunca le preguntaste a la abuela porque hizo lo que hizo durante ese tiempo?

-Sí, se lo pregunté. Me acuerdo que se tomó su tiempo para responder la pregunta. Lo que me había dicho es que no habían muchas opciones a las cual recurrir. O dejabas que tus vecinos, amigos, las personas con la que convivías todo los días sean llevados a un lugar donde se los trataba como animales o peor y, probablemente, sean asesinados o los ayudabas, no importa cómo, pero lo hacías. Sin importar las consecuencias.

Conversamos un rato más acerca de cómo la estaba pasando en Israel cuando de repente se me vino una imagen a la cabeza. En esta, yo tenía siete años. Estaba mi madre reunida con mis abuelos. Al parecer estaban teniendo una conversación muy seria sobre algo. Yo estaba en el suelo jugando con una muñeca y me acuerdo que habían dicho el nombre de mi madre, Ruth y el de mi tío, Adelmo, entonces comencé a prestar atención a lo que decían. Seguido de los nombres escuche la palabra “muerto” o “muerte”, no me acuerdo bien y luego de eso recuerdo que me largue a llorar porque pensé que le había pasado algo a mi tío, ya que mi mamá no podía ser porque estaba ahí hablando tranquila.

-¿Hace cómo cuanto te contaron lo que les pasó? -le pregunté a mi mamá, tal vez el recuerdo que tenía era producto de mi imaginación.

Mi madre se quedó pensando un tiempo antes de responder la pregunta:

-Hace once años ¿Por qué preguntas?

-Yo estaba en el momento que te lo contaron -le respondí, muy segura de mi recuerdo-. Me había puesto a llorar porque pensé que le había pasado algo malo al tío Adelmo.

-¿Te acordás de eso en serio? -preguntó sorprendida- Pensé que no lo ibas a recordar de tantos detalles, por eso no te lo dije. Después que te pusiste a llorar, tu padre te llevo a tu habitación para tranquilizarte, ¿de eso te acordás? Bueno, al parecer no es que no te lo contamos en absoluto -dijo mi madre, riendo. Luego, hizo una pausa y me preguntó con un tono serio:

-¿Sabes porque los abuelos decidieron contarme esto?

-No -le respondí, un poco confusa por la pregunta.

-Porque ellos querían que se recordara lo que les sucedió. Que a pesar de todo los momentos difíciles que tuvieron que vivir, sobrevivieron. Y no solo sobrevivieron lo de ese momento, sino que pudieron cargar con su historia durante todos los años posteriores y poder contarla para que no la olviden.

Hablamos por unos cinco minutos más, nos despedimos y cortamos la video llamada.

Estábamos de vuelta en el aeropuerto Ben Gurion, Tel Aviv, pero esta vez para despedirnos. Sara me dio un gran abrazo y me dijo que no me enoje con mi madre y que le pase el número de mis abuelos porque los quería conocer. Yo me reí en lo bajo y le di las gracias por dejarme quedar en su casa. Abraham también me dio un abrazo, me dijo que me quería volver a ver por Israel y me dio un beso en la mejilla. Yo le aseguré que me iba a ver de nuevo.

-----○-----

Ya en el avión, con Abi dormida a mi lado, me tome el tiempo para pensar las cosas nuevas sobre mi familia que descubrí en el viaje: el origen del nombre de mi mamá, Ruth y el de mi tío, Adelmo. Lo que tuvo que vivir mi abuelo, desde perder a toda su familia hasta sufrir encerrado en un campo de concentración. Y, lo más importante, que mi abuela es una de las personas más valientes que conozco y que daría cualquier cosa, hasta su propia vida por salvar a sus seres queridos.

Las terceras generaciones después de la Shoa son, en la mayoría de los casos, la última generación que tiene una relación directa con la primera generación. Son los últimos que tienen la oportunidad de hablar con sus abuelos acerca de los momentos vividos durante los años de la segunda guerra mundial y el holocausto. Por eso, son los responsables de cargar con la memoria de sus abuelos y transmitirlos a las generaciones posteriores para evitar que los nombres de las personas que vivieron durante esa época no sean olvidados. Que sus historias no sean olvidadas. Que no vuelva a suceder.

Hay que recordar para no olvidar.

